

## *Perfil literario del Padre Feijoo*

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA

*Universidad Autónoma de Madrid*

SE ME HA ENCOMENDADO trazar aquí un breve perfil «literario» del P. Feijoo, y creo que, en efecto, es algo que no debe faltar en esta revisión cordial que vamos a hacer durante esta semana de la figura del benedictino. A Feijoo se le ha estudiado bastante (más, seguramente, en el pasado que hoy en día), mejor dicho, se han estudiado sus ideas desde muy variados puntos de vista, pues su enciclopedismo, y el carácter misceláneo de su obra, así lo favorecían. Hay monografías sobre la aportación feijoniana a parcelas del saber tan variadas, especializadas y dispersas como la cristalografía, la ginecología o la criminología. Creo, incluso, que el célebre estudio de Marañón, *Las ideas biológicas del P. Feijoo*, propició la aparición de otros varios en cuyos títulos se sustituía la palabra *biológicas* por la que convenía a cada caso; y así, tenemos toda una serie de trabajos dedicados, paralelamente al de Marañón, a las ideas *pedagógicas, estéticas, filosóficas, musicales*, etc... del P. Feijoo.

Feijoo es, por tanto, patrimonio de todos, también, desde luego, de quienes nos dedicamos a la filología, y es desde este punto de vista desde el que debo decir aquí algo. En primer lugar, que, en mi sentir, Feijoo es el mejor escritor español de la primera mitad del XVIII, el autor al que con más gusto se lee hoy, el que mejor ha resistido, literariamente hablando, el paso del tiempo, elogio que, desde luego, debe situarse en el contexto de una época que, hay que reconocerlo, no fue particularmente brillante en las bellas letras.

Hoy en día, en un momento en que la visión de los orígenes, de la cronología y de la fase preliminar de la Ilustración española han variado notablemente respecto de la que circulaba cuando Marañón escribió su libro, se le reconocen a Feijoo dos méritos indudables. Uno es el de contribuir decisivamente a la incorporación del ensayo, como género literario, a la literatura española. El otro es el de difundir las nuevas ideas entre amplias capas de público; pero no el de ser el primero en profesarlas en España, pues le precedió todo ese movimiento filosófico, científico e intelectual que, a caballo entre los siglos xvii y xviii, ha dado en llamarse «de los *novatores*».

Feijoo es, pues, un divulgador de nuevas ideas, un debelador de errores y prejuicios, un «ciudadano libre de la República de las Letras» —como él se define— que incita a los españoles de su tiempo a pensar por sí mismos con la única limitación, naturalmente, de lo establecido por la ortodoxia católica. Y para ese programa intelectual el ensayo es la herramienta más adecuada. Ciertamente que falta aún entonces la palabra *ensayo* en su sentido plenamente moderno (que no aparece, recordémoslo ya que estamos en Oviedo, hasta llegar a Clarín). Pero la palabra *discurso*, que no remitía necesariamente en español antiguo a una manifestación oratoria, recubría un espacio semántico muy similar al de la palabra *ensayo*, y el *Teatro crítico*, como se sabe, está dividido en *discursos*.

Por otra parte, no falta en el beneditino una relativa conciencia de género, género para el que, en una ocasión, le acude a la pluma una muy interesante etiqueta, «literatura mixta». He aquí el pasaje:

Yo tuve algunos años ha el pensamiento de escribir la *Historia de la Teología*; pero, habiéndolo comunicado a algunas personas cuyo juicio me era y es más respetable, me disuadieron de él, representándome que en España había mucho mayor necesidad de la Literatura mixta, cuyo rumbo había yo tomado, destinada a desengañar de varias opiniones erradas que reinan en nuestra región, y aun en otras, que de Historia Teológica (*Cartas eruditas*, iv, 10.<sup>a</sup>, 19).

Esas misceláneas de ensayos, esa «literatura mixta», se insertan, pues, en la estirpe de los libros «de varia lección», pero, eso sí, demarcándose radicalmente de la tendencia de tal tipo de obras a alentar la credulidad y las supercherías del pueblo. Todo lo contrario: el obsesivo «designio» del Padre Maestro, como se sabe, es precisamente el «desengaño de errores comunes».

Una cuestión bastante desatendida es la de la interna evolución de la producción feijoniana y los moldes formales en que se vierte. A menudo se contempla la obra de Feijoo como un todo compacto y homogéneo; y es que el propio autor, cuando en 1742 dio a luz el primer tomo de las *Cartas eruditas y curiosas*, se esforzó en subrayar la continuidad. Antepuso, en efecto, a ese tomo un brevísimo prólogo en el que no decía más que lo siguiente:

Preséntote, Lector mío, nuevo Escrito, y con nuevo nombre; pero sin variar el género ni el designio, pues todo es Crítica, todo Instrucción en varias materias, con muchos desengaños de opiniones vulgares o errores comunes. Si te agradaron mis anteriores producciones, no puede desagradarte esta, que es en todo semejante a aquellas, sin otra discrepancia que ser en esta mayor la variedad; y no pienso tengas por defecto lo que, sobre extender a más dilatada esfera de objetos la enseñanza, te aleja más del riesgo del fastidio.

Está claro, pues, que Feijoo quería tranquilizar a *su* público, a ese público devoto que, después de nueve tomos de *Teatro crítico* (contando el *Suplemento*), podría alarmarse por el cambio de título. Pero hay algo más que un mero cambio de título entre el *Teatro* y las *Cartas*, y si se examinan las cosas con atención se perciben bastantes diferencias. El «designio» es desde luego el mismo, pero el «género» —más exacto es que digamos nosotros el «subgénero»— no lo es. Se diría que tras el sostenido esfuerzo de levantar discurso a discurso los ocho tomos del *Teatro crítico* el benedictino quiso optar por un molde formal que, sin alterar ese «designio» del que tan orgulloso se sentía, resultara más ligero y flexible. Decide entonces poner en práctica una idea que venía acariciando desde tiempo atrás, la de recopilar escritos breves en respuesta a las diferentes consultas que se le hacían. Hay, en efecto, una interesante alusión suya ya en 1736 a su proyecto de dar a luz en un futuro un volumen de cartas<sup>1</sup>. Así, los nuevos tomos que ofrezca al público se nutrirán en principio de cartas reales, dirigidas a corresponsales también reales que le habían hecho una pregunta concreta. Es muy significativo que el primer tomo contenga nada menos que 45 cartas: son escritos, por tanto, mucho más breves

<sup>1</sup> Refiriéndose a los demonios íncubos, escribe: «No hay razón física que pruebe la imposibilidad de aquella generación; antes sí algunas muy fuertes que prueban la posibilidad, como tenemos demostrado en una Carta que, con otras Doctrinales, saldrá a luz en algún tiempo, queriendo Dios» (*Teatro crítico*, VII, 5.º, 42); y precisamente en el tomo I de *Cartas* se incluirá una, la 12.ª, que trata «De los demonios íncubos».

que los discursos del *Teatro* (que entraban a razón de unos 15 por tomo). Feijoo estaba muy orgulloso de haberse convertido en un consultor de enorme prestigio, casi en un oráculo, y es muy verosímil que hubiera ido acumulando sus respuestas desde años atrás con idea de reunir las en un volumen<sup>2</sup>. Pero en los sucesivos tomos el número de cartas baja: son 28 en el segundo, 32 en el tercero, 26 en el cuarto, 30 en el quinto; ello puede deberse, claro está, a que en el tomo inicial iban cartas que desde tiempo atrás tenía acumuladas, pero creo que también se debe a que Feijoo, progresivamente encariñado con el descubrimiento de este nuevo molde genérico, construye nuevas cartas *ex profeso*, inventándose consultas y correspondencias para dar salida a los asuntos que él mismo desea abordar; y en estas nuevas «cartas», por su propio carácter, con cierta frecuencia se extiende algo más.

Las diferencias entre discurso y carta no son solo de extensión. Lo son también de tono, de estilo, de estructura: lo que el molde epistolar pierde respecto del discurso en solemnidad, en ambición y en maciza trabazón orgánica lo gana sin duda en ligereza, en flexibilidad, en ductilidad, en versatilidad, características, todas ellas, típicas del ensayo. Yo diría que las cartas de Feijoo son incluso más acusadamente ensayísticas que los discursos del *Teatro crítico*.

Sabemos poco del Feijoo epistológrafo —mucho menos, desde luego, que del Mayans epistológrafo—, pues, paradójicamente, se nos ha conservado una cantidad relativamente baja de cartas «reales» —es decir, cartas privadas manuscritas— suyas. Ello es tanto más extraño cuanto que Feijoo se queja en alguna ocasión de la gran cantidad de cartas que recibe y tiene que contestar. ¿Exagera, presume? Como escritor de cartas «familiares» no debió de ser muy constante<sup>3</sup>, y tal vez tampoco contestó epistolarmente a tantas consultas como nos dice, pues, habida cuenta de su fama, es de esperar que esas respuestas manuscritas se hubieran guardado como oro en paño. Desde luego, parece claro que en los cinco tomos publicados hay cartas de los dos tipos, «reales» y «supuestas», y si mis conjeturas no van descaminadas la proporción de las segundas iría en aumento a medida que el conjunto de la obra progresaba.

<sup>2</sup> Es posible determinar, en efecto, que dos de las cartas del tomo 1, la 13.<sup>a</sup> y la 14.<sup>a</sup>, fueron escritas en 1735, siete años antes de aparecer aquel. Una de ellas, incluso, parece que había sido ya publicada.

<sup>3</sup> A Mayans le habla en 1734 de «una enfermedad espiritual, que padezco de pocos años a esta parte, la cual es una especie de tedio en el ejercicio de escribir cartas, ocasionado de la continua precisión en que me vi por largo espacio de tiempo de escribir muchas».

Sea como fuere, tienen unas y otras una frescura y un tono conversacional que hacen que, en mi opinión, todo el conjunto integrado por los cinco tomos supere en variedad amena y en agilidad —ya lo preveía el autor en aquel breve prólogo—, muchas veces también en audacia de planteamientos, a esa otra construcción casi ciclópea que es el *Teatro crítico universal*.

Uno de los aprobantes del tomo I de las *Cartas*, el Dr. D. José de Valcárcel Dato, se dio cuenta perfectamente de la funcionalidad que tenía la carta en el plan literario e intelectual de Feijoo. Captó que esta era un «vehículo», un vehículo extraordinariamente adecuado por su maleabilidad —la maleabilidad, en definitiva, del ensayo— para lo que Feijoo se proponía:

El método de que el P. M. se vale para vehículo de esta y otras muchas utilidades que incluye su libro también merece su peculiar aplauso, porque tiene su peculiar mérito. Aunque común entre los Extranjeros, es nuevo o muy raro para nosotros; bien que basta para su calificación el verle admitido y usado por el P. M., que tanto conocimiento tiene de lo mejor en cada línea. Por eso no se le escondió el provecho y beneficios que son efecto de este arbitrio o invento de *Cartas*, al que desde su anti-quísima introducción (y hoy más que nunca) se le ha considerado como el más a propósito para hacer pública una erudición extendida y diversificada. Es en mi entender como una materia primera absolutamente dispuesta para toda forma literaria, y que con igualdad se ajusta a toda clase de asuntos y aun de estilos, ofreciendo una admirable docilidad para el modo de tratarse, lo que apenas se encuentra en otro género de proyectos. Aprovecha o, por decirlo mejor, apura nuestro Autor todas estas ventajas con la felicidad que suele, y consigue mostrarse admirable en el nuevo rumbo que ha tomado, para darnos a entender que cualquiera es el suyo.

Nótese la agudeza con que el aprobante caracteriza al molde epistolar como una «materia primera [*materia prima* diríamos hoy] absolutamente dispuesta para toda forma literaria, y que con igualdad se ajusta a toda clase de asuntos y aun de estilos». Son prácticamente los mismos términos en que se expresan los críticos que se han ocupado de la carta como vehículo literario.

Digamos algo, finalmente, acerca de la lengua y el estilo de Feijoo. El capítulo VIII del libro de Marañoñ está dedicado a estas cuestiones, y conserva, en mi opinión, plena vigencia. Ese capítulo desemboca en la afirmación de que «Feijoo es el creador, en castellano, del lenguaje científico». La afirmación exige algunas matizaciones, que el propio

Marañón hace: lo que a don Gregorio le parece extraordinario del estilo de Feijoo «no es su hermosura literaria, sino su envergadura didáctica y científica». En el lenguaje de Feijoo, dice Marañón, y yo lo suscribo plenamente, «la única elegancia permitida es la claridad».

Por lo que se refiere al vocabulario, al léxico científico, lo que hizo Feijoo fue difundir entre el gran público lo que hasta entonces no había salido de los círculos de especialistas. Para comprobarlo podemos aducir un pequeño botón de muestra muy ilustrativo: el propio benedictino, en un pasaje del *Teatro crítico*, cree estar introduciendo en castellano el cultismo *émbolo*; tratando de una bomba hidráulica necesita emplear esa palabra, y se justifica con la siguiente nota:

A aquel cuerpo de figura cilíndrica que llena la concavidad de la bomba y que con su extracción hace subir el agua llaman los latinos *embolus*, voz que tomaron de los griegos, y los franceses *piston*. Yo uso de la voz *émbolo*, porque no sé que la tenga propia en nuestro idioma (*Teatro crítico*, II, II.º, 5).

Esto se escribe en 1728. Ya había aparecido el primer tomo del *Diccionario de autoridades*, pero no el tercero, que es el que contiene la letra E y que saldría pocos años después, en 1732 concretamente. Si Feijoo hubiera podido consultarlo se habría encontrado con que no era él el primero en emplear la palabra *émbolo*: los académicos redactores del diccionario anduvieron aquí tan diligentes que no solo registraron ese tecnicismo, señalando que era una «voz matemática» que designaba «la parte movable de la bomba», sino que además lo refrendaron con un texto del *Compendio matemático* de Tosca, de 1712.

Este caso me recuerda una preciosa carta de Burriel que creo que pone el dedo en la llaga en lo que se refiere a las relaciones y las diferencias entre Feijoo y los novatores. Se trata de una carta que el jesuita le escribe a Mayans y en la que trata de convencerle de que no mire con tanto desprecio a Feijoo por el solo hecho de que el benedictino tenga muchos lectores. A Burriel le parece de perlas que los tenga, porque, dice, «a Tosca le han leído ciento, y a Feijoo un millón», y esto, el que a Feijoo le haya leído mucha gente, es beneficioso para España.

Nótese, además —volviendo a aquella cuestión léxica—, que Feijoo, puesto a elegir entre un latinismo, *émbolo*, y un galicismo fácilmente aclimatable en español como era *pistón* —galicismo que curiosamente, andando el tiempo, también entrará en nuestra lengua—, elige el latinismo; se le ha acusado a Feijoo de galicista, pero a la vista de ejem-

plos como este uno se inclina a pensar si la acusación no será injusta, desorbitada —como lo es en general el enfoque dado a la cuestión de los galicismos—; ciertamente que hay galicismos en el léxico de Feijoo, como los famosos *turbillones* cartesianos que tanto se han comentado —y a propósito de los cuales cabe señalar que, tratándose de un tecnicismo, es muy comprensible que no le parecieran a Feijoo adecuados ninguno de los dos equivalentes españoles del francés *tourbillon*, o sea, *torbellino* y *remolino*—, pero no hay que exagerar su abundancia, sino entenderlos a la luz de la postura sensata y flexible, muy moderna, que Feijoo defendía ante los neologismos.

De manera que esa idea de Marañón, que ve en Feijoo al creador, en castellano, del lenguaje científico, creo que es muy certera en lo que concierne al estilo, esto es, al empleo de una prosa expositiva y didáctica adecuada a la divulgación científica. Ahí sí que se produce un salto cualitativo importante entre los novatores y Feijoo, pues hay que reconocer que aquellos, pese a su loable propósito de sustituir el latín por el español como lengua para la expresión científica (y nótese que Tosca dio el salto en el caso del *Compendio matemático*, pero no se decidió a darlo en el del *Compendium philosophicum*), no siempre conseguían manejar la nueva herramienta con suficiente soltura. La prosa de muchos novatores resulta por lo general pesada y difícil para el lector de hoy, llena como está de expresiones crudamente latinas o latinizantes y de adherencias de la escolástica barroca.

He aquí, como muestra, un fragmento del *Ocaso de las formas aristotélicas* del Dr. Diego Mateo Zapata, obra escrita hacia 1721, es decir, solo cinco años antes de que Feijoo haga su aparición en escena; nótese, en concreto, el abuso de las series de adjetivos antepuestos:

Me ha parecido *ordine doctrinae* es indispensable explicar aquí el continuo incesante movimiento circular de la sangre, para que en nada salga defectuoso nuestro *Discurso* [...]. Dije *explicarlo* porque lo evidente y universalmente admitido se supone y no se prueba; pero si cualquiera constante verdad física tiene a su favor la suma autoridad de los más graves clásicos autores y las más eficaces concluyentes razones y sólidas constantes experiencias, la circulación de la sangre está ya en tan pacífica inalterable posesión de este invictísimo apoyo que el dudarla es ultraje de la razón, enfermedad del juicio, letargo de los sentidos y delirio de una obstinada ciega pasión.

También podemos ejemplificar con la *Carta filosófica médico-química*, esa obra de Juan de Cabriada, de 1687, que ha sido considerada

por López Piñero como el manifiesto del movimiento novator. Hay en ella pasajes de sorprendente modernidad, y no solo en las ideas, sino también en algún elemento de la expresión, como ocurre en ese texto, muchas veces citado, en que Cabriada lamenta el retraso con que llegan a España las «luces públicas que ya están esparcidas por toda Europa». Pero junto a esto, cuando Cabriada pasa a exponer cuestiones propiamente científicas se muestra oscuro y poco afortunado en la adopción de cultismos técnicos. He aquí una muestra:

El vino consta de partes diferentes, de las cuales una se llama sulfúrea porque se inflama prontamente, otra se llama salada, y ambas son volátiles [...]. A más de estas sustancias se halla un sal fijo permixto al humor ácuo. Y si la compage de estas sustancias se comienza a disolver, sucede una fermentación y pugna, de donde se sigue que la parte espírituosa y sulfúrea se evola, quedando la sal volátil unida al sal fijo por la cognación y amicia que hay entre ambas.

Frente a esa prosa bastante áspera de los novatores, uno de los grandes méritos de Feijoo estriba en la límpida claridad y la encantadora sencillez con que sabe explicarse en materias científicas. Tomemos, por ejemplo, una de las *Cartas eruditas*, la que lleva por título «Corríjese la errada explicación de un fenómeno y se propone la verdadera». Un corresponsal le pide explicación para un raro fenómeno que ha observado: yendo de camino en un coche, un día de intensísimo frío y en medio de una gran nevada, los ocupantes del vehículo observan que los cristales están cubiertos, por su cara interna, de una capa de nieve; el hecho le produce gran admiración al consultante, quien, tras mucho especular, no encuentra más explicación que el que la nieve haya penetrado, impulsada por el viento, a través de los poros del vidrio; en esta opinión le confirma un docto Padre Maestro, quien acalla sus dudas con una sentencia verdaderamente cómica: «Señor D. N., es cierto que por lo común el aire es más sutil que la nieve; pero sepa V. mrd. que la nieve de este año es más sutil que el aire». «No sé cómo al leer esta sentencia —dice Feijoo—, con la fuerza de la risa no se me reventaron las venas del pecho». Naturalmente, la explicación es mucho más sencilla: la supuesta nieve adherida a la cara interna de las ventanillas del coche no era más que el resultado de la condensación del vapor de agua existente en el interior del vehículo, procedente de la respiración y la transpiración de sus ocupantes. Pero no era fácil explicar con claridad esto al corresponsal y a los lectores. He aquí cómo lo hace Feijoo:



La materia de la nieve que cubría por la superficie interior las vidrieras del coche no vino de afuera sino de adentro, y en la parte misma donde estaba dicha nieve colocada recibió la congelación que la hizo nieve. ¿Qué materia es esta? Los hálitos de los mismos que estaban en el coche, los cuales, llegando a las vidrieras, en ellas se congelaban, por la grande frialdad que al vidrio había comunicado y estaba incesantemente comunicando el ambiente externo. Para entender esto se debe suponer que de nuestros cuerpos y de todo el ámbito de ellos estamos continuamente exhalando gran cantidad de vapores, [...] en que también se debe hacer cuenta de lo que en la respiración evaporamos. Estos vapores, si después que salieron encuentran algún cuerpo muy sólido y frío, en su superficie se coagulan más o menos según la mayor o menor intensidad del frío, lo que se hace más sensible si la superficie es tersa y bruñida como la del vidrio, porque, no siéndolo, se esconde la mayor parte del humor coagulado en las grietas y pequeños hoyos del cuerpo que le recibe. Este fenómeno es vulgarísimo, y cualquiera podrá observarle respirando contra un vidrio o cualquiera cuerpo metálico liso que estén muy fríos. [...] Da vuestra merced a aquella congelación el nombre de nieve, pero realmente era hielo, aunque hielo que tenía alguna apariencia de nieve por estar muy enrarecido o contener muchos pequeños huecos llenos de aire, lo que le quitaría mucho de la diafanidad y a proporción le blanquearía, como yo lo he observado en las congelaciones hechas en las vidrieras de mi celda. Esto proviene de que en semejantes casos las partículas vaporosas no se unen recíprocamente con total contigüidad. Para cuya inteligencia imagínese que aquellas partículas, como es más que probable, son esféricas; puesto lo cual, supóngase que dos partículas de estas, colocándose inmediatas una a otra en la superficie del vidrio, se hielan. Venga después otra partícula perpendicular al punto en que se unen las dos: es claro que, asentándose sobre ellas, ha de quedar entre las tres algún espacio vacío, y lo mismo sucederá agregándose otras por los lados, así como en un montón de bolas necesariamente quedan muchos espacios vacíos de la materia de las bolas y llenos de aire (*Cartas eruditas*, I, 10.<sup>a</sup>, 4-5 y 7).

Reiteradamente hace Feijoo, a propósito de su estilo, profesión de fe en la naturalidad, en la falta de afectación. Un aprobante de uno de sus tomos asegura que «no se halla diferencia entre su conversación y sus escritos». Naturalmente, todo esto nos recuerda al «escribo como hablo» de Juan de Valdés; compárense además las declaraciones de uno y otro: «el estilo que tengo me es natural» (Valdés) y el estilo que tengo «no le busqué yo; él se me vino» (Feijoo).

Ahora bien, como señaló Rafael Lapesa en un estudio fundamental sobre el estilo de Feijoo, hay mucho de estudiada y cuidadosa ela-

boración en la prosa feijoniana, que abunda en construcciones paralelísticas y antitéticas, hace uso reiterado de técnicas amplificatorias, sintagmas no progresivos, etcétera. Para comprobarlo, basta con abrir el *Teatro crítico* por su primera página y leer el comienzo del discurso «Voz del pueblo»:

El valor de las opiniones se ha de computar *por el peso, no por el número* de las almas. Los ignorantes, por ser muchos, no dejarán de ser ignorantes. ¿Qué acierto, pues, se puede esperar de sus resoluciones? Antes es de creer que la multitud *añadirá estorbos a la verdad, creciendo los sufragios al error*. [...] Siempre alcanzará más *un discreto solo* que *una gran turba de necios*, como verá mejor al sol *una águila sola* que *un ejército de lechuzas*.

Este símil final nos lleva a otra de las características que más han llamado la atención en el estilo de Feijoo, y que ya elogiaba su contemporáneo Luzán: la abundancia y la eficacia expresiva de sus imágenes, a veces encadenadas en largas series alegóricas. Podríamos ejemplificar abundantemente con metáforas en torno a la luz (tan frecuentes en la época), metáforas médicas (tan características al abordar temas políticos), metáforas militares y heroicas, etc. Puesto que no puedo detenerme ya en citas extensas, me limitaré a recordarles una de esas imágenes escuetas, sintéticas, originalísimas a veces, en que Feijoo era maestro. Me refiero a una de la que su autor se sentía especialmente orgulloso, que ha sido muy comentada, y a la que se ha comparado, creo que muy acertadamente, con una greguería: «Es el cometa una fanfarronada del cielo contra los poderosos del mundo» (*Teatro crítico*, I, 10.<sup>o</sup>, 1).

La obra de Feijoo está salpicada de hallazgos expresivos como este, o como esa otra frase, tan sorprendentemente adelantada al espíritu del 98, «el descuido de España lloro, porque el descuido de España me duele» (*Teatro crítico*, VIII, 12.<sup>a</sup>, 25). El beneditino era muy consciente de que las expresiones figuradas «son más eficaces cuando se trata de mover algún afecto» (*Teatro crítico*, II, Pról., 8). Y es que, como muy oportunamente señala Lapesa, Feijoo se dio muy bien cuenta, lo mismo que Ortega, de que «en España, para persuadir es menester antes seducir».

Una observación final. Acabo de recordar hace un momento una frase de un coetáneo de Feijoo, el P. Burriel, en la que aseguraba que a Feijoo lo habían leído un millón de personas. Desde luego, algo hay de hiperbólico en esa afirmación, pero tampoco mucho si nos atene-

mos a los cálculos que hizo don José Caso González sobre el número de volúmenes de las obras del benedictino que se imprimieron en la España del siglo xviii. El éxito editorial de Feijoo fue tal, que es probable que llegaran a circular, a lo largo de todo el siglo, según esos cálculos, unos 300.000 volúmenes de sus obras.

Sin embargo, a partir de 1784 Feijoo cayó en un repentino olvido editorial, y desde esa fecha nunca se han reeditado sus obras de manera completa. Cierta que han circulado muchas antologías, una de ellas la que publicó la *Biblioteca de Autores Españoles* en 1863; cierto, también, que un siglo después, en la nueva etapa de esa colección, se completó en tres tomos lo no incluido del *Teatro* en aquella antología, anteponiendo al conjunto, por cierto, el estudio de Marañón. Pero, aparte de que esa edición ya no está disponible en el mercado, y aparte de que no es una edición crítica ni anotada, téngase en cuenta que no incluye esa maravilla que son las *Cartas eruditas y curiosas*, que siguen sin haber tenido ninguna reedición desde el xviii. El Instituto Feijoo de Estudios del Siglo xviii está embarcado en el proyecto, que ya acarició Caso, de publicar la edición íntegra y rigurosa que las obras completas de Feijoo merecen. Es un proyecto ambicioso y costoso, y el Instituto es sin duda el mejor preparado para acometerlo. Terminó, pues, solicitando para esa iniciativa el máximo apoyo que las esferas públicas y el mecenazgo privado de Oviedo y del Principado de Asturias puedan prestarle.